

Amiel, su más alto representante intelectual, escribiera el *Diario íntimo* en francés de Francia. No menos que sus antepasados, los escritores suizos de hoy ponderan, exaltan, cantan las grandezas locales, y sienten el orgullo de sus tradiciones, pero ninguno (con la excepción de Ramuz, un novelador del cantón de Vaud) pretende sustituir el lenguaje literario, el que aprendieron en el colegio, el que prestigiaron los grandes espíritus, por esas locuciones, bárbaras a pesar de su *pintoresco*, del *sabor local* y otras zaramojas, que emplea el pueblo y que tal vez ellos mismos utilizan en la vida privada.

II

Muy bien que en cada república latino-americana los novelistas olviden que existe una Academia española; en buena hora que hagan hablar a sus personajes, no como esa Academia ordena, sino como los habitantes del país se expresan en la realidad. Sería una manera admirable de probar al mundo que, por segunda vez, sacudimos el yugo de la metrópoli... Admirable, si, por rechazo, el ideal de confraternidad hispano americano que se ha puesto de moda entre los oradores, no sufriera un rudo golpe, un golpe mortal quizás. Para que yo, cubano, pudiera comprender un libro venezolano así escrito, pongamos por absurdo, necesitaría valerme de un diccionario de modismos, me sería indispensable una labor tan absorbente como la de aprender un idioma extranjero, y ni aun así estaría cierto de interpretar expresiones locales que, fuera del lugar y sobre todo escritas, pierden toda su gracia y originalidad. Precisamente los venezolanos poseen vocablos ingeniosos y no faltos de malicia. Recuerdo ahora el de *sigüüt*, cuya acepción me ha explicado más de una vez el poeta Luis Yépez, sin que todavía esté cierto de haberla comprendido. Pero seguramente sin ninguna explicación, en Caracas, sentado en un banco de la plaza de la República, a la media hora de charla con gente de allá, sabría con exactitud la diferencia que existe, por ejemplo, entre un *sigüüt* y un *cachanchan*... Y es que ese tesoro de imágenes populares, esas saetas verbales de nuestra imaginación, no resisten el trasplante, no soportan la prueba gráfica. Aventarlas por el mundo en novelas, en revistas, equivaldría a destapar un pomo de esencias en pleno océano.

En vez de especializarnos en los argots parroquiales, ¿por qué no tendemos a servirnos con mayor corrección del habla que heredamos? Esa fué la obra a que consagró su saber don Rufino José Cuervo, y el gran valor de sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* viene justamente de que

el filólogo colombiano, en vez de disculpar o aprobar las deformaciones que el idioma ha sufrido en América, proclama la conveniencia de inspirarnos, cuanto sea posible, en la fuente de los clásicos. Evitemos que llegue un día que al encontrarnos dos hispano-americanos lejos de nuestro continente, tengamos que decirnos apenas cambiamos el primer saludo:

—Conversemos en español de España, ¿Quiere usted?...

Yo confieso mi turbación cuando, entre extranjeros, debo hablar el castellano, que ponuncio, inútil decirlo, tan imperfectamente como el más civilizado de los latino americanos...

En mi tierra, junto a los míos, es un

goce perverso y exquisito burlarme del madrileño recién desembarcado que pronuncia cerveza como es debido, y llama jofaina a la *palangana*, y calle a lo que es *cuadra* entre nosotros, y calcetín a lo que denominamos *medias*, y que no se come la mitad de las vocales, ni confunde *z* con *s*, ni *p* con *d*, ni *l* con *r*. Pero con los extraños, que por escasamente que hayan educado el oído perciben esas capitales diferencias de pronunciación y de expresión, he pensado muchas veces que, entre el humilde golfillo y yo, el equivocado, el inferior, no era él...

J. DE LA LUZ LEÓN

Berna (Suiza) 1923.

DESHACIENDO UN EQUIVOCO

La mano y la inteligencia en nuestra jerarquía social

... Veamos el valor histórico respectivo de la mano y la inteligencia, la materia y el espíritu, como formas de eterno antagonismo, en la tragedia del avance humano. Para un optimista, toda la visión de esperanza ha de fundarse en las victorias graduales del elemento espiritual sobre el material, que depuran la conciencia colectiva. La marcha normal de ese prevalecimiento del espíritu sobre la materia es la evolución humana. Sus episodios violentos, anormales, son las revoluciones. Aunque ellas parezcan, a primera vista, imposiciones de la fuerza y de la multitud, lo único que puede darles eficacia de victoria trascendente es el espíritu que las anima, el soplo de ideal o sentido de mejora que esté infundido en ellas. Toda revolución puede definirse así: «el esfuerzo de un

grupo social poseedor del espíritu nuevo para infundirlo en la sociedad entera». Y el régimen que muere a manos de la revolución es, inversamente, el resto de una antigua superioridad espiritual, reducida por el uso del poder y por la exclusividad de casta o clase a la mera categoría de valor material, autoritario o de fuerza.

No hay signo más grave de decadencia que la exaltación de las formas adjetivas en un régimen político. Recordemos aquellos tópicos, enfáticos y vacíos, «como el principio de autoridad», «las energías del gobernante», «los prestigios de la institución A o B». Todos ellos encubren la imposibilidad de mantener el sistema político a cuyo servicio son invocados. Cuando se ha perdido toda fuerza espiritual, todo valor racional, se acude a la imposición de la fuerza material, elevándola a cosa respetable por sí misma. Y entonces, ¿puede darse más claro predominio de la «mano» sobre la «razón», no de la mano que opera y fabrica, sino de la mano que pega y mata? ¿Puede darse más evidente supremacía de la materia sobre el espíritu, no la materia en cuyo bloque duerma la futura estatua, obra del genio, sino la materia inepta para recibir toda forma de arquetipo humano?

Ninguna escuela política puede creer (claro está) en la superioridad de la mano y de la materia; pero toda escuela genuinamente conservadora defiende (en una u otra forma) la jerarquía de las fuerzas materiales o realistas sobre las espirituales o idealistas; defiende la «conservación» o supervivencia de una materia político-social cuyo espíritu se ha desvanecido.

Toda revolución es un esfuerzo es-

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del *giro*, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO